

## PROLOGO.

---

Es ciertamente muy natural en los hombres el amor á su Patria, y así creo que no cumple un buen ciudadano sus deberes hacia ella, si no da al mundo un testimonio auténtico de que ha contribuido en cuanto ha estado de su parte a su lustre y esplendor; y que incurre en una especie de delito, de que se hace responsable, si no comunica al público aquellas noticias que ó se han ignorado, ó que están ocultas y encerradas en el corto recinto donde se verificaron, pudiendo ser importantes. Por eso, para manifestar yo en cuanto pueda, el justo y grande amor que profeso á la Ciudad de Querétaro mi Patria, y librarme de algún modo de ese género de delito, me propuse el no dispensar á desvelo ó cuidado alguno para investigar, coleccionar y ordenar cuantas noticias puedan contribuir á su esplendor y su gloria."

Un siglo menos un año hace que estampaba el sincero historiador Zeláa é Hidalgo tales conceptos á la cabeza de la entusiástica parrafada que le dedicó "Al Lector" de su libro "Glorias de Querétaro;" y si el autor de la presente obra escribiera este prólogo, no necesitaría cambiar ni una sola



palabra de aquellas, para que tuviesen completa explicación los afectos y las tendencias que lo han movido á consagrarle su tiempo y su pluma al nuevo libro que aparece hoy impreso con igual objeto.

Los trabajos literarios de índole localista, si bien quedan constreñidos en modesta esfera, suelen, por una parte, resultar más puntuales que los emprendidos en más vasto campo, y por otra, no sólo ser útiles á la parte especial que tiene íntimas relaciones con sus informes, sino al todo nacional de que esa parte es un componente. En cualquiera obra, si se descuidan los detalles, podrá obtenerse un conjunto más ó menos bueno, pero siempre imperfecto; más si aquéllos se estudian uno á uno, el otro naturalmente vendrá á ser mas regular y bello.

Las "Leyendas y Tradiciones Queretanas," en que al par han sido puestos á contribución lo histórico y lo maravilloso, prestándole un oído á la voz de los sabios investigadores de la verdad, y el otro á la voz del vulgo irresistiblemente atraído por la fantasía, y en que además interviene la propia observación, abarcan más de lo que el título indica: en sus artículos aparecen alternándose con la dilatada procesión de figuras benéficas ó heróicas de que la Ciudad de Querétaro fué madre natural ó adoptiva, ó á lo menos generosa huésped, diversos tipos indígenas ya desaparecidos y ciertas individualidades que contrastan con aquellas preclaras; y entremesclados variadamente, rasgos gloriosos, anédoctas memorables, prodigios del cielo, cuadros de costumbres, supersticiosas creencias populares y relatos minuciosos de la formación, vida,

fenecimiento y trasmutaciones, según sea el caso, ya de los monumentos erigidos por la piedad, la caridad, el civismo ó la gratitud, ó ya de las comunidades é institutos que brillaron un tiempo ó que esplenden allí todavía.

Mi erudito conterráneo y buen amigo el Sr. Lic. D. Cenobio I. Enciso, en sus "Apuntes de viaje" á la histórica Querétaro, decía muy oportuna y expresivamente, refiriéndose á la misma Ciudad: "No puede pisarse su suelo, sin sentir el corazón hondamente emocionado; á cada paso creemos oír una voz solemne que nos grita: *Sta viator: heroem calcas.*" Y á mi ver también sobrado motivo hay para que se tema cometer un sacrilegio, al hollar descuidadamente aquella tierra que fué palenque del singular combate, "á puñetes, patadas y mordidas," entre los otomíes y los conquistadores que acaudillaba el cacique Montañéz, satisfecho de tener por cabalgadura *la Valona*; tierra que fué abierta á los tratos mercantiles, por las carretas con que transitaba el varón de Dios Sebastián de Aparicio, en sus viajes de Zacatecas á México y viceversa; que sirvió de cuartel general á los misioneros apostólicos que capitanearon los Venerables Lináz y Margil de Jesús; que atestigua todavía la cristiana munificencia de un Caballero y Ocio, de una D.<sup>a</sup> Josefa Vergara, de un Noriega, de un Merino, de un Marqués de la Villa del Villar del Aguila y de un Castillo y Llata; que fué cuna del Arzobispo Monroy, de los Velázquez de Lorea, del Br. Lucas Guerrero, del Presb. Zeláa é Hidalgo, del Dr. D. Pedro Escobedo y el tribuno D. José Llaca; donde tuvo sus preliminares la Independencia.



dencia Nacional, en la conspiración que le dió ser y de la que fueron las primeras víctimas los hermanos queretanos Emeterio y Epigmenio González, y en el oportuno aviso de la insigne Corregidora D.<sup>a</sup> Josefa Ortiz de Domínguez; donde ha florecido aquella larga serie de notables escultores, que comenzando en Francisco Martínez, Fr. Sebastián Gallegos y Bartolico, sucediéndose en Laureano Montañéz, el gran Perusquía, Montenegro, los dos Arce, Manuel Mesa, Miguel Beltrán é Isidoro Espinosa, tiene hoy por representante de su fama á D. Diego Almaráz y Guillén; donde han desplegado su celo episcopal, su calificada prudencia, su ilustración y sus muchas grandes cualidades en el gobierno de la Grey, los dos muy ilustres y virtuosos jaliscienses Dres. D. Ramón y D. Rafael S. Camacho; y donde, finalmente, aconteció la epopeya de aquel asedio, famoso en todo el mundo, que atónito contempló su trágico desenlace.

Con razón se gloria el Sr. Frías de ser hijo de esa Ciudad, amante fidelísima y celosa de la cruz que orna su escudo de armas, cultivadora del arte nimbado con la luz mística, terrenos propicios á los gérmenes patrióticos, teatro de nobilísimas proezas militares y de satánicas traiciones, y tradicionalista por excelencia; y con razón asimismo el Sr. Frías, apasionado de su suelo natal, pone sus devotos conatos en arrancarles sus secretos autobiográficos á las piedras de los edificios y á las venerandas imágenes pictóricas y esculturales, en hacer declarar la verdad de los hechos á los empolvados cronicones y en recoger las confidencias del pueblo, para hacernos admirar, como frutos de

esos trabajos, los poéticos recuerdos que de su pasado conserva Querétaro y reclamarnos á todo los mexicanos unánimemente el tributo de simpatía y respeto á que tan hermosa Ciudad tiene derecho.

La paciente empresa del autor de este libro, es muy loable; no tengo empacho, sino complacencia, en reconocer su mérito; pero obligado estoy á decir con ingenuidad, que aunque me encantan muchos de los ideales que adora el Sr. Frías, no coinciden siempre mis pensamientos y mis juicios con los suyos aquí expresados, que á veces son diametralmente opuestos.

Impertinente descortesía fuera querer deslindar en este prólogo esas diferencias; bástame con indicarlas en obediencia de la buena fe, al pergeñar estas líneas, precursoras afónicas y deslustradas de las páginas que dan cuerpo á la primera serie de las "Leyendas y Tradiciones Queretanas."

Guadalajara, 25 de Septiembre de 1901.

*Alberto Santoscoy.*